

lo demás las situaciones se alargan indebidamente, el ritmo se quiebra y el desarrollo se vuelve rutinario y convencional. George Scott hace una composición demasiado esquemática y superficial del "gangster", basándose, sobre todo, en una reiterada desmesura de los gestos. Alain Delon nos entrega un fotógrafo sin demasiada convicción. En cambio es muy correcta la actuación de Art Carney como el guardaespaldas del pistolero.

El tercer episodio es notoriamente inferior al resto del film y su inclusión constituye un error imperdonable, pues quiebra definitivamente el tono logrado al comienzo. La anécdota es pueril, con detalles directamente abstrusos. Todo resulta gratuito y olvidable: el súbito amor de la acaudalada e impertérrita dama

norteamericana por el patriótico guerrillero yugoeslavo, la inocuidad de su impericia en el manejo del ya decrepito vehículo del título, mientras es perseguida nada menos que por un avión enemigo que le arroja incesantes bombas sin conseguir, por supuesto, dar en el blanco; su repentino afán de colaborar con los guerrilleros comunistas, está dado en un tono de realismo que resulta de una ingenuidad increíble: aquí es donde Asquith pudo haber afinado las aristas de su humor logrando una sátira eficaz. El valor de la escenografía y del vestuario, tan importantes en los episodios anteriores, tiene aquí escasa oportunidad de lucimiento. Ingrid Bergman exhibe su hieratismo habitual y Omar Sharif se desempeña con corrección. ♦

teatro

locos de verano

LUIS ANGEL AUBELE •

ción Vocal: ALEXIA DE PRAT GAY. — Dirección Musical: HORACIO MALVICINO. — Dirección General: JUAN SILBERT. — Sala "Martín Coronado" del TEATRO SAN MARTINI.

Autor Original:

GREGORIO DE LAFERRERE

Versión en Comedia Musical: en 3 actos y 13 cuadros de JASOBO LANGSNER y JUAN SILBERT. — Elenco: LUIS MEDINA CASTRO, LEONOR GALINDO, RAUL LAVIE, OSVALDO TERRANOVA, GRACIELA DUFAU, ALDO BIGATTI, ZELMAR GUEÑOL, SUSANA RINALDI, etc. — Escenografía: OSCAR LAGOMARSINO. — Vestuario: BERGARA LEUMANN. — Direc-

GREGORIO DE LAFERRERE (1867-1913), fue muchas cosas en su breve y acelerada existencia. Preceptor de la generación del 80, dandy, político, asiduo concurrente al "Club de Alacranes", "Círculo de Armas", "Club del Progreso" y "paddock" del Hipódromo de Palermo, pasó a la posteridad como autor teatral. Su obra se caracteriza por un cierto humor escéptico, cierto "estar de vuelta de las cosas", algo así como una amena superficialidad, aún en toques sentimentales o dramáticos. Esto se descubre en casi todo su legado teatral, compuesto por cuatro comedias extensas: "¡Jettatore!" (1904), "Locos de verano" (1905), "Las de Barranco" (1908), "Los invisibles" (1911); una docena de monólogos y piezas breves: "El predestinado" (1905), "Los caramelos" (1905), "Honrar al com-

pañero" (1906), "Los dos derechos" (1906), "El tío" (1906), "Regular o Un buen Partido" (1906), "La apuesta" (1908), "La conciencia" (?), "Dios los cría..." (?), "Por teléfono" (?), "La vergüenza" (?), "El miedo" (?); y finalmente un drama: "Bajo la garra" en 1906.

No se sabe muy bien por qué Gregorio de Laferrère escribió teatro, pero posiblemente una declaración de Joaquín de Vedia, durante una disertación radial en 1936, nos dé alguna idea. Dijo Joaquín de Vedia: "Gregorio, fue a buscar en la escena de los cómicos, una tregua de reposo para sus fatigas político-electorales, en que la lucha con comediantes de otra especie, lo nauseara y desalentara".

Además existe una declaración del propio Laferrère: "Un día me hizo gracia el teatro, eso fue todo. En realidad, he escrito para el teatro como he hecho muchas cosas raras en mi vida, por el deseo de conocer algo que no conocía, de experimentar emociones nuevas, por no aburrirme lo mismo que el día anterior; por halagos de lucha, por espíritu de investigación... de aventura. ¡Qué se yo por qué! Pero nunca he tomado en serio mi papel de hombre de teatro y como por hábito hago siempre lo que me causa placer, hice teatro".

A estas declaraciones podríamos agregar un antecedente anecdótico bastante original, y que revela naturales predisposiciones histriónicas en Laferrère. A raíz de una apuesta de sobremesa y para probar que no era muy difícil filtrarse en los círculos más exclusivos de la alta sociedad porteña, inventó e hizo circular por reuniones aristocráticas y salones distinguidos a "Don Abel Stewart Escalada". Filántropo inexistente, ganó enormes simpatías populares; su mención en las crónicas sociales se convirtió en índice de brillo y selección en las tertulias. Pero, finalmente —por las complicaciones, hasta sentimentales, que le iba comportando al inventor— debió hacerlo desaparecer, fraguando para esto un duelo, que tuvo lugar en el Círculo de Armas y para el cual el actor Francisco

Ducasse accedió a representar la agonía de Don Abel.

Claro que estos elementos, nos muestran a un autor despreocupado, que escribe por distracción, o termina una obra para ganar una apuesta de sobremesa. Sin embargo, Ricardo Rojas, cita unas palabras del autor de "Los invisibles", que lo muestran desde una perspectiva distinta. Las declaraciones se refieren al método de trabajo de Laferrère, para desarrollar sus temas: "Trazo la primera escena al acaso, tomando dos, tres o cuatro personajes; dejo el número librado al capricho del momento. Los hago de primera intención viejos o jóvenes, mujeres u hombres, maridos, padres o hermanos, normales o ridículos, discretos o tontos, es indiferente. Sólo necesito fijar en la imaginación desde ese instante, los tipos definidos. Entonces ya son. Cada uno tiene su fisonomía propia y los veo agitarse, moverse dentro de su manera característica. Sé cómo están vestidos, conozco hasta su estatura. Sé también cómo son capaces de sentir y de pensar: por lo tanto no me resulta difícil establecer cómo han de pensar y sentir en cada caso. Sus procedimientos serán en adelante siempre lógicos con ellos mismos. Todo mi trabajo se reduce a encontrar el tema que suscite la escena inicial. Lo restante, ya no va por cuenta mía". Esta declaración coloca al autor más o menos en la línea de un Pirandello o de Miguel de Unamuno, con lo cual el adjetivo de improvisado quedaría superado. En fin, dejo al lector la inquietud de profundizar en la personalidad de Laferrère.

Lo cierto es que el autor, marca un hito en la trayectoria del teatro nacional. Transforma el espectáculo circense épico-gauchesco, o el drama romántico, en un costumbrismo de crítica social.

Su primera obra "¡Jettatore!", escrita en una semana, presenta ya este espíritu, aunque los personajes carecen en parte de estructura psicológica; en realidad parecen más bien siluetas, que sirven al conjunto.

En "Locos de verano", en cambio, el

trabajo es más profundo. Cada personaje está bien caracterizado y presenta como contexto, para comprenderlo mejor, un hobby o alguna manía. La trama es entonces, una constante juxtaposición de actitudes, que traen como resultado un juego ágil y pintoresco. La familia Gómez, es una de las clásicas familias porteñas, algo venidas a menos, donde es necesario aparentar para escapar a la fría lógica del tiempo. Este aparentar, los lleva a entusiasmarse por cosas pasajeras, con entretenimientos efímeros y cambiantes. La actitud escapista, es marcada aún más por la presencia de dos personajes: Lucía y Enrique, que representan la antítesis del grupo. Ellos viven la realidad, y finalmente consiguen en parte provocar una reacción positiva. Pero todo el desarrollo se da en una forma que elude la tragedia, "Locos de verano" no pretende ser una comedia-dramática, sino más bien una comedia-farsesca. Esto último depende en parte del autor de la puesta en escena.

"Locos de verano", fue estrenada en 1906 en el Teatro de las Artes. Posteriormente fue representada en numerosas oportunidades. Recordemos la de 1936, dirigida por Cunil Cabanillas, con motivo de la inauguración de la Comedia Nacional, interpretada, entre otros por Francisco Petrone, Santiago Arrieta y Florindo Ferrario. En 1956, en el Teatro Nacional de Comedias, al cumplirse el cincuentenario del estreno, bajo la dirección de Orestes Caviglia; una versión originalísima en la Casa del Teatro, con escenografía de Landrú y múltiples representaciones llevadas a cabo por grupos independientes, entre ellas la del Instituto de Arte Moderno, con la dirección de Marcelo Lavalle.

En mayo de 1965 Juan Silbert (director de shows televisivos y de puestas como "Los novios"), y Jacobo Langsner (autor de "Llegan los artistas...") estrenada el año pasado en el teatro IFT por Inda Ledesma) emprenden la responsabilidad de verter la obra de Laferrère al género musical. El momento era pro-

picio, en parte por una cierta disposición creada en el público por espectáculos musicales que tenían como base una comedia o un drama teatral, ejemplo: "Mi bella dama".

Además, porque prácticamente y salvo tímidos antecesores —como "El dedo gordo" de Pablo Palant— no existe en nuestro país una comedia musical propiamente dicha.

A todo esto podríamos agregar, el éxito alcanzado por Cecilio Madanes, en el Teatro "El Caminito", durante el último verano, con "La Péngola de las Flores".

El espectáculo presentado en la sala Martín Coronado del Teatro San Martín, es agradable en conjunto. Un vistoso pasatiempo, podríamos denominarlo. Mucha de la esencia de Laferrère no ha perdido actualidad, y los trajes, la maquinaria y las luces impresionan. El problema comienza cuando el espectáculo es analizado desde la perspectiva más fría de la crítica.

El tema original ha sido tratado de forma tal, que el contraste entre la personalidad de Enrique y Lucía con respecto al resto, prácticamente desaparecen. Sobre todo Lucía, es una disparatada más. Al punto que uno no se explica muy bien, porqué en el último cuadro del segundo acto ("Locos de verano" se titula) su voz sobresalga sobre el coro de incongruencias de la familia, para cantar: "Son unos seres..." (por los "locos"), cuando en realidad debió cantar: "Somos unos seres...".

Otro tanto ocurre con la participación de Enrique y Lucía en el penúltimo cuadro: "A Europa", donde los censores hacen causa común con los censurados.

Pero el problema más grave está en la parte musical, Horacio Malvicino, parece haber tratado de crear un espectáculo para exportación, resignando "lo nuestro". Los comentarios y números musicales, oscilan peligrosamente entre Cole Porter, Jerome Kerr y el "cha-cha-cha". Marcelo de Laferrère, hijo del autor, introdujo polkas, lanceros, valeses y ritmos

milongueados, que consiguieron en parte salvar la atmósfera original.

Hubo algunos desajustes el día del estreno, pero entendemos que se irán superando en próximas funciones.

De los diversos cuadros presentados, señalaremos: "El siglo de las luces", "El paseo del Boulevard", "Locos de verano", "Un conventillo porteño" y el penúltimo cuadro del primer acto: "Sumando piquitos" realmente logrado por Leonor Galindo (Mariana) y Osvaldo Terranova (Severo).

El vestuario de Bergara Leumann fue brillante y la escenografía de Oscar Lagomarsino, si bien no podríamos calificarla de original, aprovecha la maquinaria del Martín Coronado muy bien.

Los actores correctos, pese a lo frondoso del elenco y la adaptación musical.

Sobresalieron Luis Medina Castro, Susana Ribaldi, Osvaldo Terranova, Zelmar Gueñol, Leonor Galindo y Graciela Dufau en los principales papeles y Nelly Preno, Emilce Viñas y Aldo Vigatti (con sus clásicas caracterizaciones) en los segundos. Con respecto a la presentación del cantor Raúl Lavié, anotaremos que fue buena, aunque sinceramente no lo esperásemos. La dirección de Silbert buscó, sobre todo, el realce de lo visual, descuidando la fisonomía de los personajes. Este desdibujamiento entre el espíritu original, la acentuación de lo farsesco y la comedia musical, debió haber creado en los actores, algunos problemas de adaptación.

De todos modos, "Locos de verano", es un espectáculo ameno, siempre y cuando el espectador, no pretenda otra cosa. ♦

proceso a mary dugan

MARTHA ZABALLA ●

El estreno de "El proceso de Mary Duggan" atrajo, como era de suponer, la curiosidad de numerosísimo público, muy diverso por cierto. No sólo reunió a la crítica y gente del ambiente teatral, los mejorcitos de ellos, sino también a escritores y políticos. No era para menos ya que por primera vez Daniel Tinayre hacía incursión en el teatro. Su bautismo con éste tiene un gran porcentaje de positivo ya que no sólo

presentó un espectáculo de alto relieve transformando todo un teatro como es el Cómico, sino que formó una compañía con siete puntales de nuestras tablas, aunque no por ser tales, sean buenos.

La pieza no da para mucho, más bien da para muy poco, estrenada allá por el veintitantos puede que haya sido un éxito, en nuestros días fue superada varias veces y ya huele a vetusta; sobre todo si recordamos "La furia de los justos" o "Doce hombres en pugna". La traducción y adaptación de Eduardo Borrás no es nada lucida; en cambio es destacable la puesta en escena de Varnarelli que muestra una vez más sus buenas dotes de escenógrafo. De los actores poco hay para decir, porque en realidad ellos dicen muy poco; Petrone con su verborragia rectora se quedó "en todo un hombre" Malvina Pastorino discreta, muy cinematográfica se traga las palabras; a Enrique Fava se lo ve como profesional serio y dirigido, una virtud que le falta al resto, Dullio Marzio debe seguir estudiando, para aprender. Mecha